

tremece mi alma con tanta violencia, como un trueno mi oído. Mi razón no puede volver de su admiración, y los ímpetus de mi reconocimiento agotan mi corazón. Mi alma con esta idea no dormita ya á orillas del sepulcro, ántes bien toma vuelo y sube triunfante á respirar sus ayres nativos: ayres que alimentan su noble ambición, y despiertan las chispas brillantes de fuego celestial que el Criador ha depositado en su interior. No tiene entónces un pensamiento siquiera que arrastre mas acá de las estrellas. ¿Se dirá acaso que me dexo llevar demasiado del entusiasmo? El alma que no es capaz de elevarse á este entusiasmo, es una alma débil: no han sido pocas las que han sentido sus divinos ímpetus, si no jamas hubiera corrido la sangre de los Mártires. Pues para ningun hombre es imposible lo que tantos hombres han podido hacer. ¿Quién será el que combatido por las tormentas de la vida, pueda pesar en su pensamiento el valor de esta felicidad infinita, sin sentirse penetrado, arrebatado y abrasado en celestiales llamas? En vano, durante esta niñez tenebrosa, se atormenta el alma: jamas podrá concebir las inmensas prerogativas del reino que ha de heredar.

NOVENA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS FISICAS.

¡La Religion es todo! Esta gran diosa
 Baxó del alto cielo
 A ser de los mortales el consuelo.
 El mundo actual en su siniestra mano
 Traxo, y en la gloriosa
 Diestra el mundo futuro.
 Ella es la que sostiene y la que eleva
 Sobre sí mismo al infeliz humano.
 Es el fiador seguro
 De la nobleza de su ser; la prueba
 Que acredita el valor de sus virtudes.
 Aun en esta mansion perecedera
 De la flaqueza y las vicisitudes
 En que reyna la muerte,
 Da al hombre una alma fuerte,
 Que procede qual si una deidad fuera.
 ¡O tú inmortalidad! ¡O Providencia!
 Ambas formais la basa incontrastable
 En que el pie humano puede hacer asiento.
 Lo restante es un mar pérfido, inestable,

Que se hunde á nuestros pies sin resistencia,
 Y á todos nos devora en un momento.
 ¡Mi ser acabe! Exclaman las pasiones.
 ¡Deseo absurdo y vano!
 ¡Torpe blasfemia del orgullo humano!
 Existir, y existir perpetuamente,
 Es el triunfo de nuestros corazones,
 El don mas deseado y excelente.
 ¡Y por qué á vivir siempre el hombre aspira?
 Ven, Lorenzo, á saberlo; ven, desciende
 A las honduras de la incomprensible
 Eternidad. La vista atenta extiende
 Por todas ellas. Mira
 En la profundidad de lo futuro
 Descubrirse la luz inextinguible
 De la felicidad; sus claras fuentes
 Abrirse á todos lados;
 Rios de gozo inagotable y puro,
 Correr arrebatados
 De aquellos manantiales permanentes.
 El ser frágil que tiene limitadas
 Las horas de su vida, el miserable
 Hombre que en solo un dia
 Enteramente desfalleceria,
 Si para ver sus fuerzas restauradas,
 Cada noche al remedio saluable
 Del sueño no acudiera,
 Velando pasara siglos sin cuento,

Seguidos de otros siglos, una entera
 Eternidad en raptos de contento,
 De admiracion y reconocimiento.
 Verá la inmensidad de lo infinito.
 Quedará satisfecho su apetito
 Con sus bienes sinfin, y será tanto
 Su gozo en adorar el sacrosanto
 Dios que le hizo feliz, que enardecido
 Creerá que él mismo en Dios se ha convertido.
 Tú que aquí no eres dueño de un momento,
 Que de este infeliz mundo en los confines,
 Como la endeble flor en los jardines,
 Apenas naces quando te marchitas;
 Tú que eres pasajero como el viento;
 Tú mismo poseerás perpetuamente
 Las riquezas mas grandes y exquisitas,
 Que dar puede una mano Omnipotente.
 No: jamas los mortales concibiéron
 Quan liberal es Dios, ni conociéron
 Lo grande que es un hombre virtuoso.
 Extienda, pues, el justo su esperanza
 Sin límites, y viva en la confianza
 De que por mas que fuere codicioso,
 No ha de agotar al Todopoderoso.
 ¡O Dios! ¡de las virtudes sacra fuente,
 Tuyo es mi corazon! ¡Seré dichoso
 Si atiendo á tus consejos obediente!
 ¡Tu eterna duracion sea la medida

De mi virtud! ¡Posponga á tí mi vida!
 No una credulidad injusta y ciega,
 Sino una fe que sin temor se entrega
 A tu eterna palabra, me asegura
 De mi inmortalidad. Ni á la crianza,
 O al clima en que he nacido casualmente
 Debo mi religion. Ni de la dura
 Despótica enseñanza
 De mis primeros años, preocupado
 Abrazo como esclavo incautamente
 Las primeras ideas que ha grabado
 En mi alma, quando estaba
 Solo pasiva, y no reflexionaba:
 Al paso que en la edad he ido creciendo,
 Mi razon cuidadosa ha ido poniendo
 Todas mis opiniones
 Para pesarlas en su fiel balanza,
 Y ha desechado todas las nociones
 Que ella no penetraba, respetando
 Solo aquellas que tienen por fianza
 La palabra de un Dios, pues aunque obscuras,
 De la verdad eterna dimanando,
 Han de ser las mas ciertas y seguras.
 A esta sola verdad el sacrificio
 Debemos de las luces y del juicio
 Humano; en lo demas la razon debe
 Ser el primer objeto que se lleve
 Toda nuestra atencion y rendimiento,

Como una emanacion, como un aliento
 De la eterna razon del soberano
 Criador, que quando al bueno recompensa,
 O al malo sienta la terrible mano,
 O premia la razon, ó de su ofensa
 Toma venganza sobre el hombre insano.
 Guardémonos de creer que la sagrada
 Religion de sus términos excluye
 A la razon. ¡Sin esta acaso fuera
 Virtud la religion? ¡Si careciera
 El hombre, como bruto, ó inanimada
 Piedra de aquesta prenda, que en sí incluye
 La libertad, qué mérito tuviera?
 Creamos, pues, que somos inmortales,
 Para mostrar que somos racionales.
 Así mejoraremos nuestra suerte,
 Y esperaremos sin temor la muerte.
 ¡Es posible que se hallan hombres tales,
 Que abriguen en su pecho una alma eterna,
 Con tanta indiferencia, como un monte
 Insensible, en su parte mas interna,
 Esconde alguna rica mina de oro?
 El dia en que se arruine y se desmonte
 La tierra que rezela aquel tesoro
 Ignorado, verán que lo han perdido,
 Mas sin poder volver á recobrarlo;
 Notarán el abismo en que han caido,
 Pero quando no puedan evitarlo.

;Y no es aun mas monstruoso
 El empeño con que otros se apresuran,
 En ahogar los internos sentimientos
 Que continuamente los apuran,
 Y abatirse al estado vergonzoso
 De los brutos, empleando sus talentos
 Y su ambicion en solo envilecerse?
 Por mas que la razon y la conciencia
 No cesen un instante de oponerse
 A su baxeza, luchan con violencia
 Contra ellas, y gravitan fatigados
 Por hundirse en la nada, con la horrible
 Esperanza de verse sepultados
 En su lóbrega noche inaccesible.
 Se obstinan en borrar la marca augusta
 De la inmortalidad que en la alta frente
 Impresa llevan, y su boca injusta
 Blasfema contra el alma, contra aquella
 Deidad que en ellos vive interiormente.
 ;O tú, Rey celestial, cuyo pie huella
 La inmensidad de dos eternidades,
 De entre las cuales una habia pasado,
 Antes que el mundo fuese fabricado,
 Y á correr comenzasen las edades
 Puestas en movimiento:
 Tú, cuya vista abraza, cuya mano
 Dirige, cuyo aliento
 Aviva toda la naturaleza,

Esfuerza mi flaqueza,
 Miéntas en defender el don me afano
 De la inmortalidad que concediste
 Benigno al hombre, el don en que consiste
 Toda su dicha, y cuyo precio ignora
 Todo aquel que no te ama y no te adora!
 A sí mismo él incrédulo se miente.
 A un tiempo toda la naturaleza
 Contra él alza la voz y le desmiente.
 De los cielos y tierra la grandeza
 Y hermosura, nos dicen claramente
 Nuestra inmortalidad; nos la predica
 La razon; anhelando se dedica
 A conseguirla corazon humano:
 Todo nos la demuestra,
 O nos hace desear que sea nuestra. (a)
 Si para tí; O mortal! es un arcano
 Y quieres penetrarlo, ven conmigo
 Del universo al templo soberano:
 Allí de la immortal sabiduría,
 El oráculo amigo
 Consulta, y oye lleno de alegría,
 Como con sus respuestas te asegura
 De tu inmortalidad. Aunque nacida
 De la mano de un Dios inalterable,
 Esta naturaleza es tan variable,
 Que á cada paso cambia de figura,
 De mil revoluciones combatida;

Pero siempre subsiste aunque mudada,
 Sin ser en parte alguna aniquilada.
 La noche acude al apagarse el día;
 Y este de entre sus sombras renaciendo
 Nos alegra de nuevo; ese estupendo
 Ejército de estrellas que lucía
 Con débil resplandor desaparece;
 Mas volver prontamente nos ofrece:
 Del mismo modo que se muda el cielo,
 Varía de continuo nuestro suelo.
 Mira el estío ardiente;
 ¡Quál resplandece su encendida frente!
 Ya huella nuestros campos dilatados,
 Quema la yerba, y con los abrasados
 Pies va esparciendo las marchitas flores
 Por el suelo, y disipa sus olores;
 Pero ya disminuye el encarnado
 Color de sus mejillas: demudado
 Demuestra su semblante,
 Que es el pálido otoño, el que delante
 De los ojos tenemos;
 Mas al otoño mismo ya no vemos:
 En un breve momento envejecido,
 Ya es el invierno triste encanecido
 Por las nieves que viene á despojarnos,
 Rodeado de carámbanos y hielos,
 De los bienes que acaba de dexarnos
 El otoño. Los cielos

Al ver al fiero monstruo se entristecen,
 Y sus brillantes luces obscurecen
 Con negras nubes: insensiblemente
 Pierde el viejo inflexible aquel horrendo
 Ceño; la primavera deleytosa
 Renace, conducida suavemente
 Por los zéfiros blandos: va volviendo
 A la naturaleza
 Su semblante risueño, la gozosa
 Primera juventud y la belleza.
 Dexa finalizada
 Del año la carrera dilatada;
 Y al paso que del orbe se desvia,
 Da voces al estío refulgente,
 Para que del tostado mediodía,
 Venga á darle principio nuevamente.
 Vuelve á reverdecer lo que ha secado
 Su calor; nada queda aniquilado:
 Los puntos que ahora vemos descendiendo
 En la rueda, de nuevo irán subiendo:
 La materia su forma á cada paso
 Pierde; pero esta pasa al mismo instante
 A refundirse en otra. Del ocaso
 De la muerte renace otra brillante
 Vida, y de esta, si acaba, otra pulula.
 Así el vital espíritu circula
 En esta mole inmensa, remplazando
 Los vacíos que en ella van quedando:

Ni el átomo perece mas pequeño.
 No hay ente alguno que de ser dexando,
 Dé á conocer que se halla arrepentido
 El Sempiterno dueño
 De haberlo de la nada producido,
 Qual si mudable fuese,
 O lo que ha de venir no precaviese.
 Esta perpetuidad es el emblema
 De la inmortalidad que el hombre goza.
 A impulsos de la extrema
 Incesante violencia
 De los tiempos, su cuerpo se destroza
 Y varía su ser, mas no perece.
 La única diferencia
 Que hay entre el alma y la naturaleza
 Es que esta en las mudanzas que padece
 Forma un inmenso círculo, y el alma
 Al contrario, endereza
 Qual pura llama sin cesar el vuelo
 En línea recta, interminable al cielo.
 ¿Y quien ha de negar á esta la palma
 De la inmortalidad, de que disfruta
 Su mismo cuerpo, la materia bruta?
 ¿La parca ha de dar fin con su guadaña
 Al ser mas noble, y verse perpetuado
 El que en todo es mas baxo y despreciable?
 ¿Seria la del hombre suerte extraña,
 Si estando para su uso destinado

Quanto revive, él solo miserable
 De volver á vivir fuese privado,
 Siendo así que no hay otra criatura
 Que perciba en el mundo el sentimiento
 De su dicha, y la horrible desventura
 De ver aniquilada su existencia?
 ¿Ha de ser inferior en preeminencia
 Al grano que le sirve de alimento,
 Sufriendo él solo la terrible suerte
 De ser aniquilado por la muerte?
 Hay otra ley tambien que nunca olvida
 Naturaleza; fiel en su observancia,
 Grada á grada recorre la extendida
 Escala de la vida,
 Sin omitir el mas imperceptible
 Punto, la mas ligera circunstancia.
 Con progreso insensible
 Va pasando la serie indefinita
 De variaciones, nada precipita
 Todo ser que intermedia, se halla unido
 Por cada punto opuesto, á los distantes
 Extremos de lo grande y lo pequeño:
 Todas las partes de este gran diseño
 Forman un todo nunca interrumpido,
 Uu cuerpo inmenso, cuyas abundantes
 Coyunturas la vista no percibe.
 Aquí inerte, dormida,
 Aguarda la materia á ser movida:

Allí ya, aunque insensible, vegetando
 De alguna suerte, vive
 A medias. Mas allá ya disfrutando
 De sensibilidad, goza completa
 La vida. A igual progreso está sujeta
 La inteligencia. Apenas resplandece,
 Qual chispa débil en los animales,
 Como una escasa aurora nos ofrece,
 Y precede las luces mas cabales
 De la razon. Brilla esta en los humanos,
 Mas su luz las medidas aun no llena.
 ¡Pues cómo ha de seguirse la cadena
 A los entes eternos, sobrehumanos
 Que son puros espíritus? Confiesa
 Que si el hombre es mortal, considerado
 En parte, es inmortal por otro lado;
 O si no al punto cesa
 La conexión que en la cadena admira;
 Faltan las piezas, y su union espira;
 Queda un vacío, queda un claro extenso;
 En la continuidad de aquel inmenso
 Orden de criaturas.
 Estas verdades puras
 Son consecuencias de la analogía,
 La mas segura guía,
 Que á la razon humana se ha franqueado,
 Para hallar la verdad sin extravío.
 Parece que el impío,

Con la homicida muerte coligado,
 Desmiente á toda la naturaleza,
 Y de su testimonio la certeza
 Llega á negar. El insensato abjura
 De la razon; renuncia á su futura
 Felicidad; sin reparar degrada
 La magestad del hombre tan sagrada.
 ¡O y quan distintamente
 Piensa el sabio! “; Si el Todopoderoso
 Lo quiere, exclama, vuelva nuevamente
 El universo al caos tenebroso;
 Quede disuelta en polvo nuestra esfera,
 O caygan sobre mí precipitados
 Esos orbes lucentes, desquiciados
 De sus sitios, que mi alma no se altera!
 ; Nada teme, totalmente segura
 De que saldrá triunfando
 De en medio de las ruinas abrasadas
 Del universo, y como llama pura
 Subirá el vasto incendio dominando,
 Del cielo á las regiones elevadas!”
 Con semblante risueño
 Ve como se destruye enteramente
 Todo lo que es materia. El vano empeño
 Del rayo que le cerca, y solo alcanza
 A consumir su cuerpo, es suficiente
 Y segura fianza
 De que su alma no puede ser destruida.

Su temple es totalmente impenetrable
 A los tiros que arroja la homicida
 Muerte; se ven caer á todos lados
 Sus dardos despuntados,
 Y la alma persevera invulnerable.
 Tales del sabio son los pensamientos.
 ¡Ven, Lorenzo, y atentos (*b*)
 Veamos si es el hombre una criatura
 Ordinaria como otras, destinada
 Como ellas á morir enteramente!
 ¡Subamos á la altura
 De las nubes; miremos la apartada
 Esfera de la tierra, y juntamente
 El gran poder del hombre contemplemos!
 Cubierta en todas partes la hallaremos!
 De patentes vestigios
 De su inmortalidad. ¡Qué de prodigios
 Sobre su superficie derramados!
 ¡Qué inmensidad de campos cultivados
 Que las mieses esconden! ¡Qué espantoso
 Número de navíos, que volando
 Sobre el mar obediente,
 Le traen lo mas precioso
 De los remotos climas, lisonjeando
 Alternativamente,
 Segun quiere su gusto ó sus furores!
 ¡Le sirve el mar! ¡Los astros y los vientos
 Le utilizan! ¡Mitiga sus ardores

El fuego á su mandado, ó los aumenta!
 Su vivo ingenio todo lo domina.
 Trastorna á su placer los elementos,
 Y la naturaleza, aunque violenta,
 Debaxo de sus órdenes camina.
 En vano esta le opone con empeño
 Hondos abismos, riscos encumbrados,
 Al mismo tiempo que ella fabricados,
 Por detenerle; el hombre como dueño
 Manda, y desaparecen
 Los montes, los profundos valles crecen
 E igualan el nivel de las llanuras.
 Repara esas ciudades populosas
 Y soberbias, que cubren las alturas
 De los montes sobre ella suspendidas.
 Mira otras en las vegas espaciosas
 De los húmedos valles extendidas,
 Que de su hondo recinto,
 Forman un dilatado laberinto.
 Ve allí sus altas torres elevarse
 Por medio de los ayres, dominando
 La vasta perspectiva, y coronarse
 Con las luces del astro, que brillando
 Sus encumbrados chapiteles doran.
 Mas ¡qué nuevos encantos enamoran
 La vista! Otras ciudades orgullosas
 Dentro del mar se alejan:
 De sus vastos palacios las hermosas

Imágenes, reflexan
 En sus movibles ondas, que espumosas
 Braman inútilmente,
 Al rededor de aquella mole fiera.
 En vano acuden con veloz carrera
 A acometerla, vence fácilmente
 Sus esfuerzos, é inmóvil persevera.
 El hombre en el Océano ha ganado
 Extendidas provincias; le ha mandado
 Qual otro Dios: "No pases de este puesto,
 De estas nuevas riberas que he dispuesto."
 Si al equador un poco te aproximas,
 ;Qué invenciones sublimes, qué admirables
 Artes florecen en aquellos climas,
 Por un calor benigno fomentados!
 Cuenta si puedes los innumerables
 Templos, que allí sus cúpulas elevan
 Al Dios mismo, á quien fuéron consagrados.
 Mira la pompa allá de los triunfales
 Arcos inmensos, que á las celestiales
 Bóvedas emulando, nos renuevan
 De antiguos vencedores la memoria,
 Mundamente contándonos su historia.
 ;Repara aquí raudales de agua pura,
 Que á pesar de su peso, dirigidos
 Por la industria del hombre, á grande altura
 Suben, y á baxar vuelven, convertidos
 En un polvo menudo y espumoso!

;Mira allí el impetuoso
 Curso de aquellos rios, refrenado
 Con vastos diques! Duerme encarcelado
 En aquella prision profunda y fuerte,
 El caudal de sus aguas, y convierte
 En un tranquilo mar la árida tierra.
 Mas allá el hombre rompe el continente
 Dilatado, y arrastra diligente
 Dos mares muy remotos, los encierra*
 En canales, y en medio de su imperio
 Los hace unir con duro cautiverio.
 ; Mas agradan acaso á tu valiente
 Corazon las escenas de la guerra,
 En que esta infernal furia desatada,
 Seguida del poder y de la gloria,
 Vuela y esgrime la desnuda espada?
 Pues mira ya los campos inundados
 En viva sangre, y la feliz victoria
 Que duda entre los bandos encontrados.
 ; No oyes allá á lo léjos cómo truenan
 Los rayos de las naves, y resuenan
 Con sordo y largo estruendo,
 Que se va repitiendo
 De una á otra por las olas del profundo
 Mar? Pues esa es la voz de la Inglaterra
 Que da la paz al mundo.

* Alude al famoso canal de Languedoc.

Nada resiste al hombre. Abre la tierra
 Sus ocultas entrañas, y en su mano
 Sus mas ricos tesoros deposita.
 Opone el cielo en vano
 Una distancia enorme; el arte humano
 La calcula. El astrónomo persigue
 La estrella que la fuga precipita
 Por la extension del éter, y consigue
 Alcanzarla. Los términos del cielo
 Se alejan mas y mas; rendida cede
 Naturaleza al hombre, y rasga el velo
 Que ocultarla no puede
 A su perspicaz vista; en todas partes
 Se encuentra subyugada por las artes.
 El mundo entero ya es un monumento
 Que atestigua del hombre el gran talento
 Y el poder invencible.
 Aunque encontró imperfecta su morada,
 El la dió con su ingenio esta visible
 Agradable figura, y la postrera
 Mano para dexarla rematada.
 Emulo momentáneo del Potente
 Criador eterno, acaba diligente,
 Miéntras dura esta vida pasagera
 El universo. Al ver prodigios tales,
 ¡Quién podrá no exclamar maravillado:
 “Esta mansion ha sido ciertamente
 Habitada por entes inmortales;

Suyas son estas obras que aquí admiro!”
 ¡Queda ¡O mortal! tu orgullo lisonjeado
 Al recorrer tus obras? Pues yo quiero
 Enseñarte otra que es mas apreciable:
 Escucha.—Es un suspiro
 Compasivo hácia otro hombre miserable.
 El bien moral es solo verdadero:
 La muerte que á los otros no perdona,
 A este solo respeta, á este corona.

 NOTAS.

(a) ¡Con qué bondad ha multiplicado la Providencia las pruebas de esta verdad necesaria, sin la qual todas las demas verdades son inútiles! ¡Cómo se apresuran á presentarse amontonadas delante de mi pensamiento!

(b) Pero estas imaginaciones (así las llama) no hacen fuerza alguna á Lorenzo. Aquellas inmortales coronas, aquella felicidad que le espera en una morada, colocada sobre los astros, no hace el menor efecto en su corazon; su ambicion no se satisface sino con objetos viles. Veré, si es posible, resfriar esta ambicion, y volver contra tí mismo la gloria y el vano resplendor del mundo que te seduce. Todo lo que te hace amable esta vida, te debe enamorar mas de la futura; y así si eres prudente, en la causa misma de tu mal encontrarás su remedio.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

ACERCA DEL CONTENIDO

DE LAS DOS NOCHES SIGUIENTES.

En las dos noches siguientes se hallan varias proposiciones, que á primera vista, y separadas de las antecedentes y consiguientes, pudieran servir de tropiezo á algun lector totalmente ignorante. Y aunque es cierto que tal lector hallaria el mismo inconveniente en el tratado del autor mas católico que versase sobre la religion; no obstante, para obviar aun este remoto peligro, he dispuesto esta advertencia, que parecerá ociosa á los lectores sensatos; aunque espero que hechos cargo de que somos deudores, segun S. Pablo, á los ignorantes como á los sabios, no la llevarán á mal.

Han de advertir, pues, los lectores poco instruidos, que entre las muchas é incontrastables razones con que se puede probar la inmortalidad de nuestras almas, es una y de las mas fuertes la de las consecuencias desatinadas que se seguirán de suponerla mortal. Tales son, que los animales, aun-

que tan inferiores al hombre en la naturaleza de su ser, y criados para su servicio y uso, serian en aquel supuesto mas felices que él. Que el Criador habria dado al hombre el deseo de existir siempre, y el conocimiento de lo bueno y lo malo, solo para atormentarle y hacerle miserable. Que en la dicha suposicion de no haber otra vida, la suerte del malvado seria mucho mas feliz que la del justo, pues este en la presente vida es por lo regular mas desgraciado que el malo.

De estos absurdos y otros que omito resultaria precisamente, que Dios, léjos de ser infinitamente sabio y justo, seria un ente indolentísimo, que criaba todas las cosas desordenadas. Maligno, pues se complacia en criar otros entes capaces de sentir y entender, solo para atormentarlos sin causa y sin utilidad; é injusto, pues léjos de castigar al malo, al impío y desagradecido que le desprecia- ba y blasfemaba, le daba felicidad; y al contrario, oprimia y castigaba al justo, que le adoraba, y tenia puestas en él todas sus esperanzas.

Por consiguiente no se le deberia mirar como á Dios, pues que no lo era, sino como al mas bárbaro é injusto tirano, y habia sobradísimo motivo para todas las amargas imprecaciones, que á fin de probar lo absurdo de tal proposicion pone Young en boca del hombre. Y como es imposible, y repugna totalmente á la razon que Dios sea así, se

infiere claramente que el alma es inmortal. Aun el mas insensato conoce, que el figurarse un Dios indolente, maligno é injusto, es igual desatino al de decir que no hay Dios.

La prosperidad de los malos aun en este mundo choea de tal manera nuestra razon y las ideas generales de rectitud y justicia, que el mismo Dios ha grabado en ella, que hasta el santo Rey David, (*Psal. 72.*) creyendo como creia la vida futura, no obstante se conmovia y tenia por incomprendible dicha prosperidad, á la que no hallaba otra solucion, que los espantosos y eternos castigos que habian de llover sobre ellos en el otro mundo. ¡Pues qué seria si se verificase que despues de haber sido felices en esta vida, y haber oprimido á los justos en ella, no hubiese otra, y quedasen sin castigo alguno?

Los Gentiles mismos advirtiéron esta aparente injusticia, y se viéron precisados á suponer la vida futura como Platon, que dice: “Tendria muchísima cuenta á los malos que la muerte los aniquilase totalmente.—Pero no: nuestra alma quando se aparta del cuerpo, se lleva consigo sus obras buenas ó males, que son la causa de su felicidad ó su desgracia eterna. Los Gentiles que no creyéron la vida futura, no dexáron de tropezar en la prosperidad de los malos, y murmuráron de sus dioses, como Claudiano.”

*Sed cum res hominum tanta caligine volvi
Aspicerem; lætosque diu florere nocentes,
Vexarique pios; rursus labefacta cadebat,
Religio.—*

Supuesto todo lo que acabamos de decir, todas las proposiciones de Young en esta noche y la siguiente, que se dirigen contra la Providencia, contra la virtud, y á favor del vicio, deben entenderse en el caso supuesto de que Dios no castigase al malo, ni premiase al bueno; y que fuese no el Dios que es, sino un ente con todos los defectos que hemos apuntado. Y como este es un supuesto absolutamente absurdo, y dirigido únicamente á demostrar la justicia y bondad infinitas del verdadero Dios que adoramos, léjos de ser las tales proposiciones injuriosas á este Señor, sirven para dar mayor realce á su gloria.

Para que los lectores con quienes hablamos sepan aplicar las reglas que acabamos de apuntarles, pondremos un exemplo sacado de la oncena noche que se sigue. Al principio de ella dice Young:

Si es error la esperanza que tenemos de la inmortalidad: ¡qué error precioso! Esta proposicion no quiere decir que sea error el creer la inmortalidad del alma, sino que aun quando fuese dable que fuera un error, debian los hombres apetercerle para su consuelo, y por este medio probar el sumo apre-

cio con que deben mirar su certidumbre. Y así explica dicha proposicion y todas las demas que se siguen, y las da el verdadero sentido por medio de aquellos versos que las terminan en la undécima noche hácia el fin, y empiezan así:

¡Mas no, nuestras blasfemias retractemos! &c.

Pues en estos versos asegura y prueba con la falsedad de los supuestos antecedentes, la inmortalidad de nuestras almas.

Me parece que seria prolixidad el extenderse mas en un asunto tan claro.

DECIMA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS MORALES.

¿Has muerto, ilustre Pope, totalmente?
 Tú que del cielo ingenio recibiste
 Tal, que á qualquiera eternizar pudiste,
 ¿Has dexado de ser enteramente?
 No. Tú vives.—Te doy la enhorabuena
 De que has pasado ya á la opuesta orilla;
 No me despido, no, que brevemente
 Ha de volver á unirnos la cuchilla
 De la parca. Saldé de esta terrena
 Triste esfera del sol, llegará el dia
 De ir á gozar tu dulce compañía
 Para siempre, en el clima venturoso
 En que brilla otro sol mas luminoso.
 No hace otra cosa el hombre que abismarse
 En la muerte, y volver á levantarse
 Al momento inmortal. ¿La sepultura
 Qué es si no subterránea senda obscura
 Que á una perpetua dicha le conduce?
 Su historia está en dos partes dividida,
 Pero muy desiguales; la primera